

Dramática Iberoamericana para la infancia y la juventud N° 117
CELCIT - ATINA - RED IBEROAMERICANA de ASSITEJ

Niño de arena

Lucía de la Maza (Chile)

Teatro de actrices y actores

Intérpretes: Indeterminado- Indistinto masculino o femenino.

Edad de público sugerida: 6+

(Contiene un texto narrativo y diálogos por lo que es para varios intérpretes, que de manera conjunta o individual habitarán el texto, sin que necesariamente caractericen personajes, acentos o épocas. La obra está conformada por 13 escenas y un epílogo. Entre escena y escena hay aire, tiempo e incertidumbre. También puede haber alguna música)

0

¿Qué te llevarías si te dijeran que tienes que abandonar tu casa para siempre?

¿Qué cabe de una vida en una sola maleta?

¿De quién te llevarás una foto?

¿Cuál de todos tus tesoros irá contigo, cuando no seas de ninguna parte?

Esta historia no se contó a los niños del mundo por las noches.

Nadie creyó que era importante en casi setenta años.

Es un cuento feliz, aunque en un escenario triste.

Pasó hace mucho tiempo y sucede cada vez que hay una guerra.

La historia se repite.

“Mamá”, “canción”, “pájaro” son palabras fuertes que arreglan corazones rotos.

“Guerra”: no hay palabra que haga más daño.

“Te quiero”, “arcoíris” son palabras que pueden limpiar y reparar espíritus quebrados.

Las palabras pueden ser un par de alas que nos saquen de los peores lugares.

Las palabras amorosas rescatan.

Un grito puede ser un salvavidas.

1

Ay, ay, ay
Dice el niño de arena
Su madre lo ha dejado
Cubierto de frío
El mar se acerca con cautela,
no quiere llevarse a nadie más de esta playa

Ay, ay, llora.
Más bien gime.
Le duelen sus huesos de cartón
Que abriga la tela que le envuelve
Dentro de la manta espesa de arena de mar.

¡Encontré un bebé!
¿Dónde está su madre?
¿Por qué está aquí tragando viento y sal?
Yo te abrigaré, pequeño, hasta que vuelva esa desgraciada mujer.
Aquí todas somos pobres, todas tenemos hambre y frío.
Tú no, pequeño, tu no tendrás más frío.
Mis brazos serán tu cuna.

La mujer levanta al niño de arena,.
Le escurre la frente y le besa con una ternura desconocida.

La mujer que encontró al bebé de arena estuvo casada.
En la playa todos le dicen María,
Pero su hombre nunca volvió del frente de batalla.
En esa horrible guerra que no olvidarían por varias generaciones,
Pero de la cual no se habló nunca más en ninguna casa.

El hombre había escrito una última carta a su mujer:

*Amada esposa:
Aquí en el frente ya sabemos que la guerra está perdida.
Pon en la maleta las cosas importantes y anda hacia Francia: la boina
del abuelo, el avión de madera que dejé para el hijo que no vino, las
zapatillas de bailar de mi hermana, (que aún conservan la forma de su
pie pequeño).
También las cartas que te escribo.
Esos objetos serán solo tuyos hasta que nos volvamos a encontrar, en
esta o en la otra vida.
Amor mío, eres fuerte.
Verás que con el tiempo estas penas solo serán un mal recuerdo.
Con afecto, tu esposo Lorenzo.*

La mujer, con los ojos empañados miró por última vez su hogar de
casada y se unió a la caravana que iba hacia Francia por el camino de
la costa.
No llevó más ropa que la puesta y se cubrió con el abrigo de su hombre.

En su maleta, objetos que le recordarían que tuvo una vida hermosa y que amó con decisión, que tuvo sueños y no debían abandonarse.
Un avión de madera
Una boina
Unas zapatillas de ballet
Y cuatro cartas de su hombre

2

El bebé de arena llora.

¡Tiene hambre!

¿Qué le puedo dar en esta playa sin nada?

La mujer, junto a muchas otras mujeres intenta armar una sopa con un trozo de carne seca, un banquete con un pedazo de pan y cáscaras de papa.

Es un invierno muy frío ese en el que encontró al niño en la arena.

Fue de los peores. La Tramontana le dicen al viento que no dejaba de soplar sobre los refugiados que están presos en la playa francesa, a merced del tiempo.

Al verla llegar con ese bulto helado entre los brazos, las demás mujeres le dan un lugar frente al pequeño fuego donde se cocían las lentejas.

Demasiado saladas, aunque desabridas, son el plato fuerte de los domingos. No están seguras si es domingo o sábado, todos los días son iguales en el campamento.

Entre todas envuelven con ropas secas al bebé de arena hasta que las mejillas rosadas están tibias.

Aunque no para de llorar, como los otros.

Nadie sabe si sobrevivirá.

¿Qué se le puede dar, si no tenemos nada?

Yo le convido de la leche de mi hijo, que para eso tengo dos pechos.

La mujer joven le toma en brazos y alimenta al bebé de arena.

Nadie más puede dar pecho a los niños, porque no hay agua para beber.

Ella es la fuente de vida de todo el campamento.

Le canta una canción en un idioma de madres mientras cena.

Las otras observan con emoción el milagro del hambre satisfecha.

¿Quién es su madre?

No tiene madre, lo dejó enterrado en la arena para abrigarlo y se fue.

Muchas hacen eso cuando ya no hay mantas secas ni fuego para calentarse. Algunas dejan a sus bebés en la orilla, para que las olas lo lleven muy lejos. Otras no quieren mirar si respiran sus hijos recién nacidos en el campamento helado.

¿Y el bebé de arena, por qué lo habrá dejado su madre?

¿Quién le asistió al parto?

Seguro que está desesperada, como todas.

¡Debemos encontrarla y devolvérselo!

Pasan cuatro días y nadie puede encontrar a la madre del niño de arena. La mujer que decía llamarse María y lo había salvado, lo coge en brazos.

Le pondré Lorenzo. Es el nombre de mi esposo.

¡Es un nombre muy bonito, María!

Seré su madre, será mi hijo. ¡Lorenzo, el niño de arena, será mi hijo!

3

La enfermera suiza examina a las madres.
Les da una botella con agua, alguna vitamina
Las que están por parir serán llevadas a la maternidad.
Le dicen Señoreta Isabel
Aunque no es enfermera, en realidad es una maestra.
Usa el pelo tomado y una trenza por encima, sin que ningún cabello se le escape.

¡Llévame, por favor!

Tendré un hijo sin padre.

Tendré un bebé que morirá de frío y hambre.

Tendré un triste presente para mi niño.

Tendré que dejarlo morir.

Tendré que abandonarlo.

¡Llévame, por favor!.

La enfermera suiza examina a las mujeres y sus vientres, sus brazos y piernas esqueléticos, sus caras hundidas esperando dar vida mientras la muerte ronda.

Tú y tú, vendrán conmigo. También tú, la del cabello rizado, ven con tu hija grande, podrá ayudarnos.

Y vendrás también tú, con tu hijo pequeño y el que traes en el vientre. También ustedes cuatro.

A las demás las vendré a examinar en unas semanas.

Allá les cuidaremos.

Allá traeremos al mundo estos bebés para que puedan hacer algo mejor por la humanidad.

Sepan que en sus vientres llevan la fuerza para encender de nuevo sus vidas.

¿Puede llevarme? No estoy preñada, pero tengo un bebé pequeño. No tiene madre, lo encontré moribundo en la orilla, abrigado por la arena. Si no, morirá, apenas tenemos para comer.

Lléveme con él, se llama Lorenzo, a mí me puede decir María.

Lléveme con ellas, puedo cuidar de estas mujeres.

Las conozco, bañaré sus criaturas.

Las acompañaré a parir, ya lo he hecho en esta pocilga.

Lléveme.

Llévenos.

La enfermera suiza duda un momento, no le dejan llevar más que a mujeres encintas.

Entre todas arman con abrigos un vientre abultado para la mujer.
La enfermera suiza coge el niño de arena y en un minuto sube a sus
madres al camión.
Los guardias franceses miran adentro.

C'est combien?

¿Cuántas son?

Son ocho. Y van cuatro niños.
Son sus hijos, no los podemos dejar solos.
No hay quien les cuide.

Los guardias franceses se suben al camión.
Revisan una a una a las mujeres.
Cuando se acercan a la falsa madre, el niño de arena comienza a
chillar.

Silence!

¡Calle a ese niño!

¡Tiene hambre y está enfermo, deje que nos vayamos ahora para que lo
pueda ver el doctor!

Váyanse ya, antes de que me arrepienta.

Allez, allez!

Vamos, vamos, ¡avanzar!

La enfermera suiza enciende el motor y arranca el coche. Con un gesto
del guardia más grande, abren las compuertas. Atrás quedan las
alambradas y las barracas improvisadas. Las mujeres lloran de alegría y
de tristeza a la vez.

La mujer con su hijo de arena le da su calor en silencio.
El camión y su vaivén es un refugio de vida que sale de la playa rumbo
a la gran casona donde les esperan con ansias.

4

Tampoco entonces era fácil traer criaturas al mundo
Era mitad del siglo pasado
Europa dominada por conflictos entre países, entre paisanos
Los estados se enfrentaban entre sí y también con su propia gente
¿Qué saben los niños de lo que es la guerra?
Lo saben si la han vivido
Si habían visto sus ciudades en ruinas, su paisaje en campos de batalla
Muchos huían de la muerte que le pisaba los talones: soldados, abuelas,
campesinos, capitanes, niños, carpinteros, pastoras
Los que iban perdiendo la guerra
El país vecino parecía ser el lugar para salvarse

Mientras los enemigos los empujaban a huir
Las familias caminaban con las pocas cosas que podían llevar: un
colchón, un caballo, una maleta con recuerdos
En el camino iban quedando máquinas de escribir, muebles, muñecas,
sábanas, muletas, máquinas de coser, arados, ajuares, libros, camas,
sillas, abrigo, mantas, rifles, coches, cabras, gallinas, sacos de grano,
perros, caballos, los viejos que enfermaban y los que fallecían por el
frío o por las heridas en combate

La frontera era un bosque, un cerro, una lluvia, el frío, el barro.
Caminos empinados bajo la nieve.
Y tras la frontera francesa, todo empeoraba
La salvación empezaba a ser su condena.
Nadie les recibió como creían.
En el primer pueblo las casas con sus puertas y ventanas cerradas
Algunos les daban algo de comer y abrigo, pero eran tantos
Eran más de 300.000 almas que escapaban de la muerte.
Al barranco se tiraba la chatarra,
A un lado se dejaban las armas sin uso.
Apenas pudieron llegar a Francia con un bulto
Enfermas las abuelas y los poetas con sus madres
(Algunas se quedaron en el camino esperando la muerte)
Fríos y pálidos los niños con sus toses,
Las niñas arrullando a los hermanos pequeños en sus pequeños brazos
Las madres con otro bebé a cuestas colgados del pecho y sus pocos
bienes sobre la cabeza
Los abrigo húmedos, los pies casi descalzos
Y los dejaron a todos en una playa que cerraron con alambres de púas
A su suerte y a la de la Tramontana, ese viento inoportuno, un día de
febrero de 1939

5

¿Qué es una alambrada?

Es un hilo de metal que separa animales, en esta historia separaba personas

Hombres de mujeres y niños

Franceses de españoles

Vivos y casi muertos

Libres y presos

¿Es ahí donde nací yo?

Así es. Entre alambradas, cercado por las olas del mar, te encontré Lorenzo, mi hijo. Tenías apenas unos días de nacido.

La madre observa a su bebé de arena, ¡ya es un niño, y habla mucho!

Con la enfermera suiza aprende francés

Bonjour!

Las otras le enseñan algunas palabras en alemán

Wie gets?

Cuando llega una madre española, primero le habla en catalán, si no le responde, sigue con el castellano

Bona tarda, benvinguda! ¡Bienvenida a la maternidad de Elna!

Deberías aprender francés. Y luego todas las lenguas del mundo. Así podrás hablar con todas las madres del planeta.

La mujer ahora es ayudante de cocina y asistente de los partos

También atiende a las mujeres recién llegadas, haciéndoles una comida especial para sus delicados estómagos que no han probado más que pan a medio podrir y lentejas a medio remojar.

Ya verás, tendrás una hermosa criatura.

¿Y qué voy a hacer después? ¿Cómo voy a sacar a mi hombre de ahí?

Ya verás, será fuerte como su madre.

¿Cuánto tiempo durará este sueño? ¿Qué haré cuando tenga que volver?

Ahora te vamos a bañar.

Tengo vergüenza, estoy llena de piojos, de pulgas. Estoy sucia y huelo mal.

Dormirás en esta cama, no es mucha cosa, pero es suficiente para que empieces a recuperar fuerzas

¡Nunca había visto sábanas más blancas! ¿Cómo podré dormir en ellas?

La maternidad es el paraíso en medio del infierno y todo paraíso es un frágil equilibrio.

Hoy vienen soldados a revisar debajo de los colchones, sacan a todos los bebés, tocan con sus manos sucias las sábanas pequeñas y las mantas tejidas buscando armas, buscando pruebas, queriendo encontrar fugitivos y desertores.

¿Hasta cuándo?

¿Hasta cuándo?

¿No ves que no tengo nada más que este bebé?

¿Cuándo terminarán estas visitas que nos dejan temblando?

De vez en cuando se llevan a una madre y no la vuelven a ver.
Nada puede hacer la Señoreta Isabel, aunque se plante con una escoba ante los policías y soldados.

¡Este es territorio suizo!

Siempre hay instrucciones de los superiores y amenazas de cerrar la maternidad.

6

Mañana vamos a hacernos unas fotos.
¡Hay que ordenar todo!

Lorenzo y los demás niños han hecho un tren con las cajas de fruta donde acunan a los recién nacidos. Hace días no llegan madres nuevas, pero pronto vendrán.

Va a acudir temprano un peluquero para peinar a las mamás para la sesión de fotos.

¿Podrán peinar a las cocineras también?

Claro que sí, las cocineras también tendrán su sesión de peluquería.

¿Y podrán peinar a los varones que ayudan en el huerto? ¿O cortarles el pelo?

También a los varones, claro que sí.

¿Y qué hay de los bebés? Algunos tienen mucho pelo.

También podrían peinar a los bebés. ¡Haremos unas fotos preciosas!

El niño de arena tiene una cabellera rubia y con bucles como un actor de cine. Es tanta la ilusión de su madre que ese día le lava el cabello con romero y manzanilla para que reluzca ante el lente de la cámara. Mientras toman la leche de la mañana, llega un señor muy delgado. Nadie piensa que es el peluquero, hasta que la Señoreta Isabel les explica.

¿Dónde trae su maletín de peluquero? ¿Dónde las tijeras, las peinetas y cintas para peinar tantas cabezas?

Le dejaremos las tijeras de la costura y nuestros peines para que trabaje. Un buen peluquero no necesita nada más que su ingenio.

El hombre se sienta junto a los niños en la mesa en silencio y bebe un vaso de leche sorbo a sorbo. A los niños les parece que llora.

¿Por dónde va a comenzar?

Todas colaboran con el peluquero, las mujeres se cepillan el cabello y fabrican soportes para los peinados, mientras el peluquero con las tijeras empieza a modernizar las cabezas de largas cabelleras. Los niños impacientes, quieren pronto ser peinados, y que les corten, aunque sea un poco, sus tiernos cabellos para experimentar entre risas nerviosas el *chas chas* de la tijera. Los grandes se cuelan para recoger a los pies de la silla las mechones negros y se fabrican bigotes y barbas.

Qué suerte que hoy los bebés entienden que no es un buen día para nacer. ¡Es el día de hacernos unas fotos!

Si se apuran en salir, saldrán también en la foto.

Después de merendar, nos sentaremos aquí en la escalera para hacer las fotos. Los niños y bebés con sus madres, las enfermeras, las cocineras y los que nos ayudan en el huerto. Todos peinados y sonrientes.

Los colores de la cara le vuelven al peluquero después de comer, y en toda su estancia no conversa con nadie, solo con la Señoreta Isabel. Lorenzo, que sabe de idiomas se da cuenta que hablan en alemán.

Hallo! Wie gets?

Una vez están bebés y niños satisfechos y peinados, salen todos al jardín, y la enfermera suiza empieza a hacer fotos.

¿Dónde está el peluquero?

¿No va a salir en las fotos?

¿Se fue tan pronto?

7

El niño de arena tiene una pesadilla.
Sueña que caminan hacia el mar hombres y mujeres con maletas en sus
manos.

¡Despierta, mi niño! ¡Estás hablando dormido!

Mamá, se metían al mar, no los podían detener, les gritaban que
regresaran...

El niño de arena se vuelve a dormir.

8

Por las mañanas la madre debe calmar al niño de arena.

¿Cuándo se acabarán las guerras?

Hay preguntas que no tienen respuesta.

¿Por qué te tuviste que ir de España? ¿Por qué nadie puede volver?

La España que conocimos ya no existe. Pasará mucho tiempo antes de que cualquiera de nosotras pueda regresar o sus hijos. Pero nuestra tierra la llevamos en el corazón y en lo poco que pudimos traernos.

¿El avión de madera, la boina, los zapatitos de bailar?

Sí, esas cosas son nuestra memoria.

¿Volverás a encontrarte con tu esposo?

No pierdo la esperanza. Sin ella, ¿qué sería de nosotros? Ahora, a vamos a calentar la leche y el pan, que pronto va a amanecer.

La madre que se hace llamar María y su niño cada día se levantan de madrugada a preparar el desayuno en la casa. Hay que encender la leña para calentar una olla de leche para los niños.

¿Qué te llevarías de tu casa, si te dijeran que nunca más regresarás?
¿Cuál de todos tus tesoros podría evocar esos días felices de la infancia?

Un niño no tiene más historia que el presente.

Una niña no mira con nostalgia sus primeros años de vida porque fue ayer.

Y el ayer no existe cuando todo es presente.

Y el futuro una promesa.

10

Llega el cartero. Las mujeres nerviosas esperan que las nombren.

¡Mercé! ¡Teresa! ¡Luisa! ¡Núria! ¡Ester! ¡Rosa! ¡Isabel!

A la Señoreta Isabel también le llegan cartas de Suiza, de Francia, de la Cruz Roja, de los ministerios, de la policía, de la diputación, de la embajada, del alcalde.

¿Nada para ti, madre?

¿Escuchaste mi nombre?

No, nombraron a todas, menos a ti. Un día dirán tu nombre y seré un niño feliz porque tú lo serás también. No tienes que perder la esperanza.

La madre se pone triste.

Si algún día me separan de ti, te escribiré una carta cada día.

Eso no pasará, Lorenzo. Jamás podrán separarnos.

Pues entonces te escribiré, aunque estemos juntos. Dejaré cartas en el buzón para que digan tu nombre cuando llegue el cartero. ¡María! ¡Ha llegado carta para María!

El niño de arena sabe convertir las lágrimas saladas de tristeza en lágrimas dulces de risa.

11

Los niños que nacen en la guerra, no pueden elegir vivir en la paz.
Hoy es Lorenzo, otro día puedes ser tú o tu amiga.
Tu abuela o tu prima, la vecina.
Así es la guerra, mensajera de la muerte.
Ninguna palabra parecida destruye tanto como la palabra “guerra”.

¿Cuál es el hogar de alguien que ya no tiene casa?
¿Cuál es el país del desterrado, del obligado a huir para salvar la vida?
Hay personas a las que ya no les caben más dolores y penas en los bolsillos.

Esta historia está terminando, y dijimos que era una historia feliz en un escenario triste.

La Señoreta Isabel es una mujer perfeccionista y por eso hace todo para darle ganas de vivir a esas madres cada vez que tiene la ocasión.
Algunas de esas mujeres se van de la maternidad a un trabajo. Otras deben regresar a la playa, al campamento, pero al menos con fuerza para continuar vivas. Con esperanza en un buen futuro para sus bebés. Pero la felicidad no dura para siempre. Un día, la enfermera suiza avisa que la maternidad se cierra.

¿Cómo puede ser?

¿Qué será de mí? ¿Qué será de nosotras?

Lorenzo y su madre deben volver a esa playa donde se vieron por primera vez.

No te preocupes mamá. Yo soy un hombre, cuidaré de ti.

¡Pobre criatura, tenía cuatro añitos!

Puedo hablar muchos idiomas, nunca estarás sola.

Hacen una cena para despedirse. Las madres lloran. Se diría que también a la enfermera suiza le cae una que otra lágrima. Los niños más grandes hacen un acto, cantan, y bailan con las mujeres.

¡Alguien viene!

¿Serán los alemanes?

¡Rápido, esconder las fotos! ¡Cerrar los armarios con llave!

¡Tengo miedo!

Un estropajo de hombre se asoma por la ventana. La Señoreta Isabel espera delante de todas que abra la puerta.

Busco a mi esposa.

Esa voz... yo conozco esa voz.

Busco a mi esposa. Se llama Remedios.

Las mujeres atemorizadas se miran. No hay ninguna con ese nombre, que ellas recuerden.

Esa voz... ¡Remedios soy yo! ¡Es mi esposo!

La madre de Lorenzo, que todas llamaban María, grita alegre al reconocer la voz de su amado. Hombre y mujer se tocan y besan entre llantos. El niño de arena mira desde lejos y avanza hacia ellos.

¿Eres tú Lorenzo? ¿Eres el hombre del cual llevo su nombre?

¿También te llamas Lorenzo?

Tu mujer me encontró en la playa y soy su hijo desde entonces.

Pues soy también tu padre. Encantado de conocerte.

¿Y por qué te dice Remedios si todas te llamamos María?

Porque al llegar al campamento hice una promesa, y se ha cumplido. Vuelvo a ser Remedios. La Remedios.

Cuando todos se van a dormir, la madre se acerca a dar las buenas noches al niño de arena. Han hecho un saquito con las pocas cosas que tienen. El avión de madera, la boina, las zapatillas de baile, las cartas. Una estampilla que le regaló la Señoreta Isabel a Lorenzo y una muñeca de trapo que le fabricó una mujer a La Remedios en agradecimiento.

Lorenzo, hijo mío, ahora somos familia. No nos iremos al campamento, saldremos en silencio muy temprano con nuestras cosas, los tres. Buscaremos un nuevo sitio para vivir, y cuando lo encontremos, será nuestro hogar.

¿Sabes cómo recordaremos nuestra vida en la maternidad? Nos llevaremos un poquito de tierra del huerto en un pañuelo.

¿No volvemos a España?

No volvemos, pero algún día... quién sabe si nos quiere de vuelta.

12

¡Adiós, Señoreta Isabel!

¡Adiós, Señoreta Isabel!

La Señoreta Isabel cierra la puerta con llave y baja las escaleras. Un par de camiones viene a buscarles. Agitan pañuelos blancos, mientras ella sube a su camión.

Si hubiera música en los momentos importantes en la vida real, sonarían unos violines alegres, quizás un piano. La larga despedida dejó la maternidad en silencio.

Y empieza otra historia para todas.

EPÍLOGO, LO QUE PUDO SUCCEDER, AÑOS DESPUÉS

El niño de arena era ya un hombre mayor cuando volvió a esa playa francesa. Traía una caja con un par de zapatos de mujer. La playa ya no era un campamento. Estaba vacía, hacía mucho frío y corría el viento de la Tramontana que levantaba olas ruidosas. Lorenzo, el hombre de arena, imaginó que en un día como ese su verdadera madre lo había enterrado en la arena.

Madre, te traje un par de zapatos. Los hice para ti. Seguro te habrá gustado saber que me rescataron y fui un niño feliz, que sobreviví. Te he traído un regalo. Los dejaré aquí, para que las olas te los lleven ahí donde estés.

El hombre de arena deja la caja en la orilla. Las olas la arrastran mar adentro, poco a poco, hasta perderse.

FIN

Todos los derechos reservados.
Buenos Aires (2024)

Si usted está interesado en poner en escena este texto rogamos comunicarse con su autor/a: luciadelamaza@gmail.com

Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral CELCIT
Buenos Aires. Argentina.
www.celcit.org.ar
correo@celcit.org.ar

Asociación de Teatristas independientes para niños/as y adolescentes- ATINA
(ASSITEJ Argentina)
Web del centro <https://atinaargentina.wixsite.com/atina>
Contacto del centro: infoatina@gmail.com

Red Iberoamericana de Artes Escénicas para la Infancia y la Juventud de ASSITEJ
www.rediberoamericana.assitej.net
rediberoamericana@gmail.com

«Piense antes de imprimir. Ahorrar papel es cuidar el medio ambiente»